

# GÉNERO Y ETNICIDAD. RELATOS FUNDACIONALES Y OMISIONES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN ARGENTINA

---

Diana Marre  
Universidad de Barcelona

## 1. Introducción

En la producción científica sobre nación y nacionalismo es posible reconocer cuatro grandes corrientes:<sup>1</sup> la de los primordialistas que propone que las raíces de la nación y el nacionalismo se hallan en las relaciones de parentesco, la etnicidad y la base genética humana<sup>2</sup>, la de los perennialistas que reconoce que las naciones no forman parte del orden natural y, por lo tanto, son históricas, pero las consideran perennes y, por eso, reconocibles en momentos muy iniciales de la historia de la humanidad<sup>3</sup>, la de los

---

<sup>1</sup> Para un estado del arte reciente sobre el tema puede verse la «Introduction» de SMITH, Anthony D., *Myths and Memories of the Nation*. Oxford: Oxford University Press, 1999, 3-27. LLOBERA, Josep R., *Recent Theories of Nationalism*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona y Diputació de Barcelona, 1999. (Working papers número 164 del Institut de Ciències Polítiques i Socials) y MARRE, Diana, *Identidades de clase, de género y de raza en la construcción de la sociedad postcolonial rioplatense: la china*. Barcelona, Universidad de Barcelona, Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Antropología Cultural e Historia de América y África, 2000, 29-66.

<sup>2</sup> En la Conferencia Internacional de la Asociación Europea de Antropólogos Sociales, la VIth, *Crossing Categorical Boundaries. Politics as Religion/Religion as Politics*, realizada en julio de 2000 en Cracovia, el workshop más concurrido fue «Rethinking Primordialisms: Kinship, Religion, and Ethnicity in the Formation of Modern Nationalism». Sus organizadores, Josep R. Llobera y Joan Bestard, propusieron «to examine how important these primordial attachments [kinship, religion, and ethnicity] have been and are in the configuration of modern nationalism, both in Western and non-Western countries».

<sup>3</sup> En 1997, Adrián Hastings, un reconocido autor perteneciente a esta corriente de pensamiento, publicó un libro en el que reconocía un origen lejano para la identidad nacional y la idea de nación en Inglaterra, Irlanda, Escocia y otras naciones occidentales. HASTINGS, Adrián, *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000 (1.ª edición en inglés de 1997).

modernistas, en sus diversas variantes, que propone que las naciones no sólo son un fenómeno reciente sino también indisociable de procesos como la Revolución Francesa y la Ilustración y los emergentes de los mismos, como la creciente centralidad del estado y la homogeneización cultural<sup>4</sup> y, la de los etnosimbolistas que promueve una crítica teórica al modernismo y una nueva forma de aproximación a la documentación histórica.

John Armstrong<sup>5</sup>, John Hutchinson<sup>6</sup> y Anthony Smith<sup>7</sup>, los etnosimbolistas más reconocidos, postulan que son los mitos, la memoria, las tradiciones y los símbolos los que confieren identidad nacional. Elementos culturales e históricos que definen el territorio, el patrimonio y los recursos, es decir, los motivos para el conflicto pero también para la solidaridad. Una razón por la que atribuyen a los historiadores un rol esencial no sólo en la delineación de la nación sino también en el redescubrimiento, transmisión y análisis de los elementos que constituyen su base cultural<sup>8</sup>.

El objetivo del presente trabajo es analizar, desde una mirada de género, la delineación de la nación argentina a través del redescubrimiento y transmisión de ciertos relatos, y su transformación en mitos fundacionales, y de la negación u ocultamiento de otros a través de los que conformar la herencia cultural de la nación.

## 2. La importancia del lenguaje y de los escritos

En mayor o menor medida y con la única excepción de dos corrientes internas del primordialismo que consideran a la nación como del orden de lo natural o como una extensión de las relaciones de parentesco,

---

<sup>4</sup> Uno de los análisis y puesta al día de las múltiples propuestas y resultados de esta corriente puede hallarse en SMITH, Anthony D., *Nationalism and Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*. London and New York: Routledge, 1998.

<sup>5</sup> ARMSTRONG, John, *Nations before Nationalism*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1982 y ARMSTRONG, John, «Towards a theory of nationalism: consensus and dissensus», Sukumar PERIWAL (ed.), *Notions of Nationalism*. Budapest: Central European University Press, 34-43.

<sup>6</sup> HUTCHINSON, John, *The Dynamics of Cultural Nationalism: The Gaelic revival and the Creation of the Irish Nation State*. London: Allen and Unwin, 1987 y HUTCHINSON, John, *Modern Nationalism*. London: Fontana, 1994.

<sup>7</sup> SMITH, Anthony D., *Nationalism and Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*. London and New York: Routledge, 1998 y SMITH, Anthony D., *Myths and Memories of the Nation*. Oxford: Oxford University Press, 1999.

<sup>8</sup> *Ibidem*, 9-10.

las demás asignan un papel destacado al lenguaje y a la producción escrita en el proceso de construcción y mantenimiento de la nación.

Hastings, un importante representante del perennialismo propuso recientemente discutir sobre la naturaleza de la nación y el nacionalismo desde una «relación entre el idioma y la sociedad»<sup>9</sup>, por considerar que para la «creación de la nacionalidad ... el factor con mucho más importante y más ampliamente presente es el de una extendida obra escrita en lengua vernácula»<sup>10</sup>.

La importancia atribuida al lenguaje y la producción de textos por los más destacados representantes de la corriente modernista como Kedourie, Hobsbawm, Gellner y Anderson ha sido ampliamente difundida, citada y contestada en los últimos años. Así, mientras que Kedourie<sup>11</sup> señaló que el surgimiento de las naciones y del nacionalismo era inseparable del proceso de la Ilustración y de sus productos y de la figura de Kant, Gellner<sup>12</sup> y Hobsbawm<sup>13</sup> las consideraron una consecuencia directa de la industrialización y del capitalismo y de las posibilidades que ambos proporcionaron para su difusión. Anderson<sup>14</sup>, por su parte, ha sido sin duda, quien atribuyó la máxima influencia a lo que él denominó el «capitalismo impreso» en la construcción de las naciones y el nacionalismo, por su capacidad para contribuir a la construcción y difusión de una «comunidad política imaginada» comprendida y compartida por una mayoría que le confería horizontalidad.

La función atribuida a los mitos y a la memoria histórica en la construcción de las naciones y los nacionalismo por el etnosimbolismo no ofrece ninguna duda ni requiere de comentarios adicionales respecto a la singular importancia que atribuyen al lenguaje y a la producción escrita en el proceso de conformación de las naciones.

Sin embargo, esa importancia no ha quedado circunscrita a la producción científica relacionada con la nación y el nacionalismo sino, en

<sup>9</sup> HASTINGS 2000, 11.

<sup>10</sup> *Ibidem*, 13.

<sup>11</sup> KEDOURIE, Elie. *Nationalism*. London: Hutchinson, 1960.

<sup>12</sup> GELLNER, Ernest. *Thought and Change*. London: Weidenfeld and Nicholson, 1964. *Nations and Nationalism*. Oxford: Basil Blackwell, 1983 y *Nationalism*. London: Weidenfeld and Nicholson, 1997. (Versión castellana en Barcelona: Ciencias Sociales-Destino, 1998).

<sup>13</sup> HOBBSAWM, Eric and RANGER, Terance (eds.). *The Invention of Traditions*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983 y HOBBSAWM, Eric, *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

<sup>14</sup> ANDERSON, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origen and Spread of Nationalism*. Londres: Verso, 1983. (Versión inglesa revisada: Verso, 1991. Versión castellana: Fondo de Cultura Económica, 1993).

general, con el análisis de las identidades. Peter Burke, preguntado recientemente acerca de los peligros de la tendencia constructivista, respondió que si bien la exageración siempre era peligrosa, deseaba manifestarse en favor del constructivismo moderado debido a que cuando empezó como historiador las naciones, las clases sociales o las costumbres eran consideradas realidades objetivas e inamovibles cuando, en realidad, se debe ser consciente de que, hasta cierto punto, todos obedecemos a identidades construidas<sup>15</sup>.

En ello, el lenguaje operaría como un sistema representacional que construye cultura, pensada ésta como la forma de vida de un conjunto de gente, una comunidad, una nación o un grupo social que «comparte significados», en recientes palabras de S. Hall. Una cuestión de significado que se hallaría en todas las instancias del «circuito cultural», esto es, en la construcción de la identidad y de la diferencia, en la producción y en el consumo y en la regulación de las conductas sociales<sup>16</sup>, a través de las cuales se homogeneiza culturalmente y se conforma la herencia étnica de la nación. Cuando Habermas analizó el proceso de construcción de la opinión pública apuntó que ese proceso fue favorecido por el funcionamiento de múltiples asociaciones que difundían sus propuestas de nuevas formas de ordenamiento social a través de la circulación masiva de escritos<sup>17</sup>.

Si bien los periódicos constituyeron uno de los medios más relevantes para esa circulación de ideas, la literatura en general y la historia en particular, para volver a A. Smith y al etnosimbolismo, contribuyeron de manera significativa en la transmisión de esa nueva forma de ordenación de la sociedad sobre la que asentar la nación. Para Chartier, las obras producidas dentro de un ámbito específico, como el de la historia que tiene sus propias reglas y jerarquías, toman densidad a través de su difusión en períodos de muy larga difusión<sup>18</sup>. Una «longue durée» que A. Smith considera uno de los elementos básicos, el primero

---

<sup>15</sup> PALOS, Joan-Lluís, «La visión cultural. Entrevista a Peter Burke», *La Vanguardia* 19 de enero de 2001.

<sup>16</sup> HALL, Stuart, *Representation: Cultural Representations and signifying Practices*. London: Sage and The Open University, 1997, 4.

<sup>17</sup> HABERMAS, Jürgen, *Strukturwandel der Öffentlichkeit*. Neuwied: Luchterhand V. 1962. (Existen varias ediciones en castellano. Una de ellas *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: G. Gili, 1981).

<sup>18</sup> CHARTIER, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa, 1992, XI.

del conjunto con el que el etnosimbolismo propone analizar las naciones y los nacionalismos.

Así, de entre los registros culturales con que se delinea una identidad a través de diversos dispositivos simbólicos, el redescubrimiento de los mitos y la recuperación de una memoria histórica con vocación de constituirse en la historia de la nación, resultan de particular importancia a la hora de analizar la construcción de identidades nacionales.

Como ha señalado Llobera<sup>19</sup> para otras áreas, también en el Río de la Plata es posible hallar durante el proceso de construcción de la nación y de consolidación del estado una progresiva fusión entre el nacionalismo cultural y el político a través del sentido de una historia compartida y de la imposición de un conjunto de mitos y rituales en común<sup>20</sup>.

### 3. Dos proyectos políticos para la nación, dos colecciones documentales

La década del 20, posterior a la emancipación de las provincias del Plata en mayo de 1810, la «década de la anarquía» o del «derrumbe del poder nacional», estuvo signada por las tensiones entre unitarios y federales. Los primeros eran partidarios de un gobierno centralizado con asiento en Buenos Aires y orientado por un proyecto liberal<sup>21</sup>, uno

---

<sup>19</sup> LLOBERA 1999, *op. cit.*, 39.

<sup>20</sup> Sobre mitos y rituales en Argentina, puede verse BERTONI, L., «Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias. 1887-1891», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»* 5, setiembre 1992 y BERTONI, L., «Nacionalidad y cosmopolitismo. Las escuelas primarias y un debate sobre el futuro de la Argentina de fin de siglo», *IV Jornadas sobre Colectividades en la Argentina*. Buenos Aires, 1993.

<sup>21</sup> Grupo político que sostenía los principios del liberalismo bajo un gobierno centralizado que convertía a las provincias en simples distritos administrativos, según se comprueba en las constituciones de 1819 y 1826 que no consiguieron la organización nacional por oposición y reacción de las provincias interiores. Rivadavia fue el jefe del grupo integrado por intelectuales provenientes sobre todo de los sectores comerciales porteños apoyados por sus similares del interior del país. Propiciaban un plan de modernización y europeización basado en la libertad de comercio y en la abundancia de mano de obra capacitada. Intentaban la constitución de un mercado unificado a través de la unificación monetaria, la nacionalización de las rentas de aduana y la federalización de Buenos Aires, la eliminación de las aduanas provinciales y la creación del Banco Nacional.

de sus líderes fue el primer presidente argentino Bernardino Rivadavia<sup>22</sup> y entre sus más ilustres defensores se hallaban los intelectuales de la «generación del 37». Entre ellos, merece mención el autor del libro en que se basó la primera constitución nacional, Juan Bautista Alberdi, y el formulador de la dicotomía cultural civilización/barbarie, de honda repercusión no sólo en la construcción de la nación argentina sino también en el resto de América Latina, Domingo Faustino Sarmiento.

Sus opositores, los federales<sup>23</sup>, eran partidarios de la constitución de un estado federal con un poder político y económico compartido por

---

<sup>22</sup> Rivadavia nació en Buenos Aires en 1780, dos años después de la creación del Virreinato del Río de la Plata. Luchó en las invasiones inglesas e intervino en el proceso revolucionario de Mayo en el que se encolumnó tras la figura más radicalizada de Mariano Moreno. Fue secretario de Guerra del Primer Triunvirato de gobierno (1811) desde el que mostró su apoyo a un gobierno centralizado en Buenos Aires que caracterizaría toda su acción de gobierno posterior, lo que le acarrió la oposición de los federales provinciales y dio lugar a las guerras civiles de la primera mitad del siglo XIX. Pasó varios años en Londres entre 1814 y 1820 buscando apoyos políticos y económicos para la independencia. Cuando regresó a Buenos Aires fue ministro destacado del gobierno de Martín Rodríguez entre 1820 y 1824. Luego, entre 1826 y 1827, fue el primer presidente nacional. Su tarea de gobierno constituye uno de los temas de discusión de la historiografía nacional. Sin embargo, conviene recordar su influencia en el reconocimiento de la independencia del Plata, la delimitación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, la convocatoria de un Congreso Nacional Constituyente en 1824 y la elaboración de la constitución de 1826, la sanción de una serie de reformas para una mayor secularización y la creación de la Sociedad de Beneficencia, la instalación de un sistema de distribución y uso de la tierra, el estímulo de la agricultura a través de colonias agrícolas con población europea, de la minería e de un programa de obras públicas a través de préstamos internacionales para «modernizar» a la ciudad de Buenos Aires para lo que contrató a tantos expertos extranjeros como le fue posible. En 1827, debió renunciar a la presidencia y se retiró de la vida política marchando, en 1829, a España de donde quiso regresar pero no se lo permitieron. Murió en la más absoluta pobreza en la ciudad de Cádiz, un destino sumamente inusual para un argentino que desde San Martín hasta Borges pasando por Juan Manuel de Rosas y Cortazar siempre escogieron Francia o Inglaterra para su retiro.

<sup>23</sup> En general se utiliza el término federal para designar al período dominado por la figura de Juan Manuel de Rosas entre 1829 y 1852. Un período signado por la lucha por el control de la organización política nacional. Mientras los unitarios propiciaban un gobierno centralizado con Buenos Aires como capital, los federales luchaban por la descentralización y por el reconocimiento y la autonomía de las provincias históricas. El período de gobierno de Rosas es considerado una de las peores crisis institucionales en ese sentido puesto que se produjo una profunda división política del territorio nacional entre los diferentes territorios gobernados por distintos caudillos provinciales. Todo intento de unificar el territorio imaginado de la nación bajo un solo gobierno terminaba indefectiblemente en un fracaso. El tema de la fragmentación interior y el fenómeno de los caudillos provinciales como asimismo el de la construcción y reconstrucción de la nación muestran un renovado interés en la actualidad en la Argentina. Pueden verse dos compilaciones recientes que proponen una nueva mirada a los caudillos: GOLDMAN, Noemí y SALVATORE, Ricardo, (comps.),

las diferentes provincias históricas del Plata y liderado alternativamente por los distintos jefes provinciales. Entre ellos se hallaba Facundo Quiroga, de la provincia de La Rioja, utilizado como modelo de «barbarie» por Sarmiento en su obra, y Juan Manuel de Rosas<sup>24</sup>, de la provincia de Buenos Aires, influyente caudillo sobre la base de cuyo liderazgo J. Lynch describió la estructura clientelar del mundo rural latinoamericano<sup>25</sup>.

Esa década de 1820 conoció el fracaso del intento de puesta en funcionamiento de una constitución en 1826, inspirada por el proyecto unitario bonaerense y, por ello, rechazada e ignorada por la mayor parte de los demás estados provinciales, lo que condujo a la suspensión del sistema presidencialista que no se reinstaló hasta 1860 con la presidencia

---

*Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema.* Buenos Aires: EUDEBA, 1998 y HALPERÍN DONGHI, Tulio y LAFFORGUE, Jorge, estudio preliminar y edición respectivamente. *Historias de caudillos argentinos.* Buenos Aires: Extra Alfaguara, 1999.

<sup>24</sup> Rosas nació en Buenos Aires en 1793. Fue el principal caudillo argentino, además de uno de los principales terratenientes de la provincia de Buenos Aires. Intervino en la compañía de niños que luchó contra las invasiones inglesas de 1806-1807, regresando luego a las tierras de su familia para iniciar su larga vida de estanciero donde permaneció mientras se producían los acontecimientos de la Revolución de Mayo y hasta 1811. En las tierras familiares se consustanció con las actividades propias de la administración de grandes extensiones. Luego se independizó para fundar un establecimiento en Los Cerrillos, sobre el río Salado, en las consideradas tierras de frontera con los indios. En 1821 renunció al ejército y volvió a su estancia de Los Cerrillos donde mantenía el control de la frontera armando a quienes trabajaban para él y estableciendo pactos con los indios que Rivadavia, como jefe de gobierno, se negó a ratificar, lo que renovó los ataques indígenas y condujo a que Rosas, con sus principales tierras en la frontera, se convirtiese en uno de los más acérrimos opositores del gobierno de Rivadavia, en alianza con las provincias. En 1829 fue nombrado gobernador de la provincia de Buenos Aires con amplios poderes, hasta 1852 en que dominó la vida política de todo el país desde la gobernación de Buenos Aires. En 1831 firmó un acuerdo de paz con las provincias del Litoral pero cuando se reunió la comisión encargada de proyectar la organización constitucional y la unificación territorial de la nación, Rosas retiró el apoyo de Buenos Aires. En 1832 fue electo nuevamente gobernador de la provincia de Buenos Aires pero no aceptó porque no se le otorgaban poderes extraordinarios. Cuando finalizó su primera «Campaña al Desierto» contra los indios del sur se le confirió el título de «Restaurador de las leyes», se le rindieron múltiples honores y se le concedió una importante cantidad de nuevas tierras. En 1835, Rosas volvió a asumir el poder luego de un plebiscito que le otorgó poderes ilimitados y, por primera vez desde la Revolución de Mayo de 1810, se unieron las provincias bajo un gobierno central —aunque más no sea de hecho— hasta 1851 en que Justo José de Urquiza, caudillo de la provincia litoral de Entre Ríos, también vinculada al producción ganadera y uno de los generales más importantes de Rosas, lo derrocó con la ayuda de los unitarios, las fuerzas uruguayas de Rivera, el apoyo del Brasil y la mayor parte de los caudillos provinciales, en la batalla de Caseros de 1852. Luego de ello, Rosas fue exiliado en Inglaterra donde murió en 1877. Sus restos fueron repatriados a la Argentina durante el último gobierno de Carlos Menem.

<sup>25</sup> LYNCH, John, *Caudillos in Spanish America, 1800-1850.* Oxford: Clarendon Press, 1992. (Versión castellana en Madrid: Mapfre, 1993).

de Bartolomé Mitre y que, por ello, hasta entonces sólo tuvo un presidente, Bernardino Rivadavia en los inicios del 20.

Sin embargo, no sólo en las guerras civiles se dirimieron ambos proyectos de organización nacional. En mayor o menor medida, sus líderes eran conscientes de la necesidad de fundar la nación, también sobre elementos culturales y de contar con los medios a través de los cuales reproducirlos y transmitirlos. Por ello, Bernardino Rivadavia fundó, durante su vida política, el Archivo Histórico Nacional y la Universidad de Buenos Aires mientras que Juan Manuel de Rosas creó sendas comisiones encargadas de aconsejarle sobre la reorganización de dicha Universidad y sobre la introducción de cambios en los libros de textos y en los programas de enseñanza<sup>26</sup>.

Asimismo, uno y otro, o sus seguidores, dieron los primeros pasos tendientes a redescubrir y transmitir los relatos fundacionales a través de la publicación de dos grandes colecciones que editaron por primera vez obras y documentos imprescindibles para la historia de la nación: *La Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*<sup>27</sup> editada por Pedro de Angelis<sup>28</sup> durante el gobierno de Juan Manuel

<sup>26</sup> SABOR, Josefina Emilia, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina. Ensayo bio-bibliográfico*. Buenos Aires: Solar, 1995. (Colección Dimensión Argentina), 28-29.

<sup>27</sup> La *Colección* estaba compuesta por un total de 70 obras, de las que 57 nunca se habían publicado, reunidas en 6 volúmenes editados en fascículos de 30 pliegos acompañados de proemios, discursos preliminares, advertencias, noticias biográficas, relaciones geográficas e históricas, vocabularios y catálogos de voces, bibliografías e índices de distinta naturaleza para facilitar la utilización de los documentos editados, todo lo cual contribuyó a la consideración de De Angelis como un editor «moderno». La obra fue anunciada por primera vez para recibir suscripciones en *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires en octubre de 1835. (DE ANGELIS, Pedro, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata Ilustrado con notas y disertaciones por Pedro de Angelis*. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836-1840. (También Buenos Aires: Plus Ultra, 1969-1972, VIII volúmenes). El total de suscripciones recibidas constituyó un éxito de ventas justificado en el hecho de que se trataba del «primer intento realizado en nuestro continente para reunir todo lo escrito sobre esta zona de América del Sur». SABOR 1995, *op. cit.*, VIII. Una obra que, por ser considerada la *primera edición de documentos* sobre las provincias del Plata, se constituyó en el conjunto documental más recurrido para hacer historia. La *Colección*, ha dicho Sabor, «ha sido utilizada, y hasta saqueada, por innumerables escritores, comenzando por sus propios contemporáneos».

<sup>28</sup> Napolitano exiliado luego del ascenso al trono de Francisco I, que incrementó las persecuciones políticas iniciadas por Fernando I, se instaló en París en 1820 y en 1821 comenzó a escribir en la *Revue Européene*, en la *Revue Encyclopédique* y en tres diccionarios biográficos en boga por esa época. Allí fue contratado junto con otro periodista, el español, Jaime de Mora, por el encargado de negocios del gobierno de Buenos Aires a solicitud del presidente



de Rosas<sup>29</sup> y *La Biblioteca del Comercio del Plata*<sup>30</sup> editada por sus opositores vinculados Rivadavia, desde el exilio en el Uruguay.

Estas dos colecciones documentales que, de alguna manera, competían por la primacía en el establecimiento de una memoria histórica para la nueva nación, así como sus impulsores batallaban por imponer su proyecto político, coincidieron a la hora de considerar la edición de la obra de Rui Díaz de Guzmán como de inclusión ineludible.

#### 4. Una coincidencia: la Argentina de Rui Díaz de Guzmán<sup>31</sup>

Cuando en octubre de 1835, De Angelis promocionó su *Colección* desde *La Gaceta Mercantil*, lo hizo utilizando como reclamo para los suscriptores, la obra con la que la inauguraría, la de Rui Díaz de Guzmán, argumentando que se trataba de una obra clave para el Río de la

---

Bernardino Rivadavia para la fundación de dos periódicos en la nueva república del Plata. Sólo un año después de su llegada a Buenos Aires, Rivadavia abandonaba el cargo de presidente por lo que De Angelis debió realizar singulares cambios de actitud política y periodística, como trabajar de allí en adelante al servicio de Juan Manuel de Rosas. Su desempeño al frente del Archivo Histórico de Buenos Aires durante sus últimos años en el Plata y la magnitud de su biblioteca personal que vendió a Brasil, donde se halla en la actualidad, le valieron varias acusaciones de depredación del patrimonio histórico nacional. SABOR 1995, *op. cit.*

<sup>29</sup> José Manuel Estrada, el padre de la educación secundaria en Argentina, señaló en sus *Fragmentos Históricos*, a la época de Rosas como la «escuela de todos los tiranos» debido a que Rosas era «hijo de la anarquía, caudillo del gauchaje orgulloso que llevaba su ley por la nación. ... no podía fundar el poder personal sin el exterminio de toda entidad resistente, ni convenía a sus diabólicos propósitos regenerar la barbarie, sino perpetuarla e identificarle lo noble y desenvuelto que ilustraba a los pueblos». ESTRADA, José Manuel, *Fragmentos históricos*. Buenos Aires: Librería del Colegio Estrada 1901. V. 504-505.

<sup>30</sup> A fines de la década del 30 cuando De Angelis publicaba su colección documental y se creaba el Salón Literario en Buenos Aires, asociación inicial de la «generación del 37», muchos periódicos de la ciudad de Montevideo, Uruguay, eran redactados y dirigidos por argentinos, muchos de ellos unitarios exiliados que combatían a Rosas desde allí. Uno de los periódicos más prestigiosos fue el *Comercio del Plata*, dirigido por Florencio Varela hasta que le asesinaron en 1848, en el que colaboraron la mayor parte de los miembros de «generación del 37». Con el propósito de gestar una colección documental alternativa a la de De Angelis, y de Rosas, crearon la *Biblioteca del Comercio del Plata* que se inició en 1845 y publicó, hasta la muerte de Florencio Varela, cinco tomos.

<sup>31</sup> Nació en el Paraguay en 1560, hijo legítimo del capitán Alonso Riquelme de Guzmán y de Ursula de Irala, hija mestiza del conquistador Irala. Su propia carrera como conquistador comenzó a los 16 años y la misma lo llevó por diferentes regiones del actual territorio argentino, boliviano y paraguayo. Murió en 1629 en la ciudad de Asunción donde había nacido. LAFUENTE MACHAIN, R. de, *El gobernador Domingo Martínez de Irala*. Buenos Aires: Biblioteca de la Sociedad de Historia Argentina X, 1939. 181-182.

Plata por haber sido escrita contemporáneamente a lo que relataba, algo que no sólo garantizaba su verosimilitud sino también su condición de «primera» historia del área<sup>32</sup>.

A la obra de Rui Díaz de Guzmán se ha atribuido una significativa influencia en la consolidación de la palabra Argentina con que se nombró a la república del Plata y ha sido considerada por muchos historiadores como la obra madre de la historiografía argentina o una de las principales fuentes en base a las cuales escribir la historia<sup>33</sup>.

Sin embargo, no sólo de la calidad de la obra se apeló para jerarquización sino también de la posición social del autor, hijo primogénito mestizo de un jefe español y, por lo tanto, actor presencial de lo que narraba<sup>34</sup>. Sus dotes intelectuales, también fueron particularmente destacadas en razón de que le hicieron capaz de escribir una obra de tal magnitud a pesar de haber «crecido en medio de salvajes y absolutamente alejado de todo signo de civilización» que le proporcionase algún medio para su formación general<sup>35</sup>. Un autor al que una generación

---

<sup>32</sup> «Cuando se compilen los anales literarios de esta parte del globo, no dejará de extrañarse el olvido en que ha quedado por más de dos siglos una obra importante, destinada a perpetuar el recuerdo de los hechos que señalaron el descubrimiento y la conquista del Río de la Plata. Esta indiferencia por los trabajos de un escritor, que puede ser considerado como el primer historiador de estas provincias, no es fácil comprenderlo, ni sería posible explicarlo.» DE ANGELIS, *op. cit.*

<sup>33</sup> «La crónica de la conquista que por muchos años ha sido una de las principales fuentes de información para los historiadores». LAFUENTE MACHAIN 1939, *op. cit.*, 182.

<sup>34</sup> «Un testigo, y actor a veces de estas hazañas, se encargó de relatarlas; y para acertar en su empresa, recogió de los contemporáneos los principales detalles de tan difícil conquista. Este historiador es Rui Díaz de Guzmán, hijo primogénito de un jefe español, que pasó a las Indias con el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, prefiriendo los azares de la guerra a los goces de que disfrutaba en casa del duque de Medina Sidonia.»

<sup>35</sup> «Nacido en el centro de una colonia, rodeada de hordas salvajes, y privada de todo comercio intelectual con el orbe civilizado: sin maestros y sin modelos, no tuvo más estímulo que la actividad de su genio, ni más guía que una razón despejada. Y sin embargo ninguno de los primeros cronistas de América le aventaja en el plan, en el estilo, ni en la abundancia y elección de las noticias con que la ha enriquecido. Es más que probable que Guzmán ignorase la existencia de las pocas obras que se habían publicado sobre América». Como contrapartida y en prueba de la evidente desconexión entre España y esta alejada zona de sus colonias o, como había dicho, De Angelis en otro momento, del aislamiento al que España las condenaba, también señalaba que «lo que no admite duda es el ningún conocimiento que se tenía en España de la historia de Guzmán. En prueba de este aserto baste citar el catálogo que el doctor valenciano don Justo Pastor Fuster, ha publicado de las obras inéditas, recogidas por su compatriota don Juan Bautista Muñoz, cuando se propuso escribir la Historia del Nuevo Mundo. En este prolijo inventario, en que se registran con escrupulosa exactitud los papeles más insignificantes, se echa de menos La Argentina, sin embargo de ser la historia más completa que nos queda del descubrimiento y de la conquista del Río de la Plata! Ignoramos la suerte que ha cabido a la copia, que en testimonio

de historiadores interesados en el desarrollo de una historia más «científica», han considerado, alternativamente y según qué parte de su obra tomasen, como historiador o novelista<sup>36</sup>. Una consideración que podría explicar el interés que en la obra han tenido también estudiosos provenientes de la crítica literaria y de la literatura en general<sup>37</sup>.

## 5. Dos fragmentos, dos relatos, dos destinos

### 5.1. *Lucía Miranda*

Resulta de interés para este trabajo analizar dos capítulos de la obra de Rui Díaz, uno de los cuales se ha convertido en un mito fundacional de la nación mientras que el otro ha sido sistemáticamente omitido.

Los hechos que relata el primero de ellos fueron fechados por Rui Díaz en el año 1532, cuando Sebastián Caboto regresó a España dejando en el Río de la Plata a una parte de su expedición para que iniciara el poblamiento. Aunque el autor tituló al capítulo «*De la muerte del capitán Nuño de Lara, la de su gente, con lo demás sucedido por la traición de indios amigos*», trascendió como «La leyenda de Lucía Miranda» y es considerado uno de los mitos fundacionales de la Argentina<sup>38</sup>.

---

de gratitud, envió su autor al duque de Medina Sidonia, de quien su padre había sido paje y secretario. La extinción de la rama principal de esta ilustre familia puede haber ocasionado algún trastorno en estos gloriosos recuerdos de sus antepasados». DE ANGELIS. *op. cit.*, I.

<sup>36</sup> SALAS, Alberto Mario, *Crónica florida del mestizaje de las Indias. Siglo XVI*. Buenos Aires: Losada, 1960, 174.

<sup>37</sup> IGLESIA, Cristina y SCHVARTZMAN, Julio, *Cautivas y misioneros. Mitos blancos de la conquista*. Buenos Aires: Catálogos, 1987; MASIELLO, Francine, *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln: University Press of Nebraska, 1992. (Versión castellana en Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo, 1997 (Estudios Culturales); ROTKER, Susana, «Lucía Miranda: negación y violencia del origen», *Revista Iberoamericana*, vol LXIII, núms. 178-179, Enero-junio, 1997, 115-127 y ROTKER, Susana, *Cautivas. Olvidos y memorias en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel, 1999.

<sup>38</sup> Rotker en su trabajo señala que «valga decir que los personajes de esta tragedia no tuvieron existencia histórica: la leyenda sirvió para encubrir un error por parte de los conquistadores, puesto que la destrucción del fuerte se debió a la impericia y cobardía de un español, el español Gregorio Caro». Esta certeza acerca de la inexistencia de los personajes y las situaciones referidas en el relato, Rotker la toma de una aseveración de Paul Grousac. ROTKER 1997, 118. Asimismo, alguno de los ejemplares pertenecientes a uno de los géneros más habitualmente consultado por el público en general y por el escolar en particular, como es el género enciclopédico, recoge el relato de Lucía Miranda bajo el título general de «Leyendas de la conquista». WRIGHT, Ione S. y NEKHOM, Lisa M., *Diccionario Histórico Argentino*. Buenos Aires: Emecé, 1990.

Allí se daba cuenta de un conflicto entre españoles e indígenas en lo que fue sitio de la primera fundación de Buenos Aires, a causa de la pasión desatada en dos caciques de la tribu Timbú, por una de las mujeres españolas, Lucía Miranda. Un enfrentamiento entre españoles e indígenas por la posesión de una mujer que, para Rui Díaz de Guzmán y para quienes lo retomaron, era básicamente la disputa por la posesión de un territorio. Se trataba de una de las formas más frecuente de los conflictos étnicos, incluso en la actualidad, según la cual el poder de los vencedores también se confirma con la posesión de las mujeres de los vencidos.

Si bien el relato se iniciaba mostrando la dependencia española de los indígenas para subsistir y la buena disposición de los últimos para proveerlos<sup>39</sup>, la reciprocidad hacia esa buena disposición desencadenará una tragedia pasional por culpa, por supuesto, del agradecimiento de una mujer, Lucía Miranda, a los jefes indios por la provisión de alimentos<sup>40</sup>. Uno de los caciques que se *aficionó* a la mujer española con un *desordenado amor* por el *amoroso* tratamiento que ella le daba, procuró alejar al marido del Fuerte con la ayuda de su hermano Siripo, a quien involucró estimulándolo a defender el territorio de los nuevos ocupantes<sup>41</sup>. Los indios hallaron el mejor momento para entrar al Fuerte cuando la

<sup>39</sup> «Partido Sebastián Caboto para España ... el capitán don Nuño procuró conservar la paz que tenía con los naturales cincunvecinos ... gente de buena marca y voluntad, con cuyos dos principales caciques siempre la conservó; y ellos acudiendo de buena correspondencia, de ordinario proveían a los españoles de comida, que como gente labradora nunca les faltaba». GUZMÁN, Rui Díaz de, *La Argentina*. [1612]. Buenos Aires: Losada, 1946. (La primera edición está en DE ANGELIS, *op. cit.*, I, 45-190), libro I, capítulo VII, 55.

<sup>40</sup> «Estos dos caciques eran hermanos, el uno llamado Mangoré y el otro Siripo ... de todos muy temidos y respetados, en particular el Mangoré, el cual en esta ocasión se aficionó de una mujer española, que estaba en la fortaleza, llamada Lucía Miranda, casada con un Sebastián Hurtado, naturales de Ecija. A esta señora hacía el cacique muchos regalos y socorros de comida, y en agradecimiento ella le daba amoroso tratamiento, con que vino el bárbaro a aficionarse tanto y con tan desordenado amor, que intentó hurtarla por los medios a él posibles». GUZMÁN, *ibidem*.

<sup>41</sup> «Persuadió al otro cacique su hermano, que no les convenía dar la obediencia al español tan de repente, con tal subordinación, pues con estar en sus tierras eran tan señores y absolutos en sus cosas, que en pocos días lo supeditarían todo, como las muestras lo decían y, si con tiempo no se prevenía este inconveniente, después cuando quisiesen, no lo podrían hacer, con que quedarían sujetos a perpetua servidumbre, para cuyo efecto, su parecer era que el español fuese destruido y muerto y asolado el fuerte, no perdonando la ocasión y coyuntura que el tiempo ofreciese... De tal suerte supo persuadir a su hermano, que vino a condescender con él, dejando el negocio tratado entre sí para tiempo más oportuno, el cual no mucho después lo ofreció la fortuna». GUZMÁN, *op. cit.*, libro I, capítulo VII, 56.

necesidad de alimentos que ellos les negaron hizo salir a los hombres españoles en su búsqueda. Una necesidad que, en las llanuras del Plata, originó una fuerte dependencia de los españoles del mundo indígena lo que condicionó y retrasó la instalación colonial en el área<sup>42</sup>.

Para entrar en el Fuerte, el cacique Mangoré apeló a la abundancia de alimentos que tenían, los que escaseaban en la misma proporción entre los españoles<sup>43</sup>. Una relación desigual que hasta ese momento no había limitado el contacto entre ambos grupos a juzgar por el hecho de que treinta jóvenes indios fueron invitados a pasar la noche en el Fuerte, lo que aprovecharon para matar a todos a excepción de cinco mujeres, Lucía Miranda entre ellas, y algunos niños. En esa misma noche murió el cacique Mangoré, lo que dejó a la tribu en manos de su hermano Siripo a quien el autor describió como más proclive a las relaciones con los españoles y, fundamentalmente, menos salvajemente pasional.

A pesar de ello, Siripo tampoco pudo resistirse a los encantos de Lucía Miranda, a la que tomó por mujer, la hizo partícipe de sus bienes y le otorgó libertad de movimientos<sup>44</sup>, todo lo cual no alcanzó para consolar a la mujer, especialmente cuando vio llegar a su marido que, al no encontrarla entre los muertos del Fuerte, la supo viva entre los indios y se hizo tomar prisionero para estar a su lado. Cuando Siripo lo mandó a matar, ella le prometió que ambos le servirían como esclavos y que no «frecuentaría» más a su marido, quien tomaría mujer entre las

<sup>42</sup> «Habiendo necesidad de comida en el fuerte, despachó el capitán don Nuño cuarenta soldados en un bergantín ... para que fuesen ... a buscarla. Salido pues el bergantín, tuvo Mangoré por buena esta ocasión, y mucho más por haberse ido con los demás Sebastián Hurtado, marido de Lucía». GUZMÁN, *op. cit.*, libro I, capítulo VII, 57.

<sup>43</sup> «Y para con más facilidad conseguir su intento y fuese más fácil la entrada en la fortaleza, salió Mangoré con treinta mancebos muy robustos cargados con comida de pescado, carne, miel, manteca y maíz, con lo cual se fue al fuerte, donde con muestras de amistad lo repartió, dando la mayor parte al capitán y oficiales y lo restante a los soldados, de quien fue muy bien recibido y agasajado de todos, aposentándole dentro del fuerte aquella noche». *Ibidem*.

<sup>44</sup> «Y así de todos los despojos que aquí se ganaron, no quiso por su parte tomar otra cosa, que por su esclava a la que por otra parte era señora de su albedrío, la cual puesta en su poder no podía disimular el sentimiento de su gran miseria con lágrimas de sus ojos, y aunque era bien tratada y servida de los criados de Siripo, no era eso parte para dejar de vivir con mucho desconsuelo por verse poseída de un bárbaro, el cual viéndola tan afligida un día, por consolarla, le habló con muestras de gran amor y le dijo: «de hoy en adelante, cara Lucía, no te tengas por mi esclava, sino por mi querida mujer, y como tal puedes ser señora de todo cuanto tengo y hacer a tu voluntad uso de ello de hoy para siempre, y junto con esto te doy lo más principal, que es mi corazón». GUZMÁN, *op. cit.*, libro I, capítulo VII, 59.

de la tribu aceptando un ofrecimiento de Siripo<sup>45</sup>. Aparecía así, en el relato, el intercambio de mujeres como una forma de pacto para consolidar la unión entre dos grupos enfrentados que, como se sabe, remite a la más antigua de las formas reconocidas para construir una sociedad.

Pero el matrimonio español no cumplió su promesa, lo que fue denunciado al cacique por una mujer de la tribu en venganza por el amor que los dos caciques habían mostrado por Lucía y por el que habían rechazado a las mujeres de su grupo<sup>46</sup>. Sin embargo, el autor puso mucho más que celos en las palabras de la mujer india despechada. Puso todos los valores atribuidos al sentido de pertenencia a un grupo, a una nación, el sentimiento de rechazo al «otro», al que no pertenece, al adúltero, al extranjero<sup>47</sup>.

Lucía murió quemada en una hoguera pidiendo a Dios misericordia y perdón por sus relaciones con Siripo, su marido lanceado por los indios jóvenes de la tribu y, con la muerte de ambos y la de todos los del Fuerte, se frustraba la primera fundación de Buenos Aires.

El fracaso de la lejana fundación de la nación se adjudicaba así a la conducta de una mujer y a los indios, es decir, se explicaba en razón de género y de etnicidad.

## 5.2. *La Maldonada*

El otro capítulo de la obra de Rui Díaz de Guzmán, el de la Maldonada, mostraba el destino más frecuente para las mujeres españolas que

---

<sup>45</sup> «Con innumerables lágrimas rogó a su nuevo marido no se ejecutase, para que ambos se empleasen en su servicio como verdaderos esclavos, de que siempre estarían muy agradecidos, a lo que Siripo condescendió por la gran instancia con que se lo pedía aquella a quien él tanto deseaba agradar, pero con un precepto muy riguroso, que fue que, so pena de su indignación, le costaría la vida, si por algún camino alcanzaba que se comunicaban, y que él daría a Hurtado otra mujer con quien viviese con mucho gusto, y le sirviese, y junto con eso le daría él tan buen tratamiento como si fuera, no esclavo, sino verdadero vasallo y amigo». GUZMÁN, *op. cit.*, libro I, capítulo VII, 60.

<sup>46</sup> «Los dos prometieron de cumplir lo que se les mandaba, y así se abstuvieron por algún tiempo sin dar ninguna nota, mas como quiera que para los amantes no hay leyes que los obliguen a dejar de seguir el rumbo donde los lleva la violencia del amor, no perdían la ocasión, siempre que había oportunidad ... de manera que fueron notados por algunos de la casa, y en especial de una india, mujer que había sido muy estimada de Siripo y repudiada por la española». *Ibidem*.

<sup>47</sup> «Muy contento estáis con vuestra nueva mujer, mas ella no lo está con vos, porque estima más al de su nación y antiguo marido, que a cuanto tenéis y poseéis. Por cierto lo habéis muy bien merecido, pues dejasteis a la que por naturaleza y amor estabais obligado, y tomasteis la extranjera y adúltera por mujer». *Ibidem*.

escogían relacionarse con los indígenas. Así como el relato de Lucía fue retomado una y otra vez, el de la Maldonada (la de los malos dones), ha sido sistemáticamente omitido. Ha permanecido olvidado, sin ser reescrito ni reelaborado en ningún momento de la historia nacional y tampoco en la actualidad ha dado lugar a nuevas interpretaciones desde nuevas miradas teóricas o metodológicas.

Narraba, también, la situación de las pocas mujeres españolas que se atrevieron en las expediciones americanas de los primeros tiempos. Como en el caso de Lucía, su terrible situación, como la de los hombres, se originaba en la endémica escasez de alimentos de los primeros pobladores de Buenos Aires. Una carencia que empujó a la Maldonada a salir del Fuerte e ir a vivir con los indios, abandonando a los —hombres— de su grupo.

Este capítulo de Rui Díaz de Guzmán, mucho más que el de Lucía, ha sido considerado un relato ficcional de la obra inventado para ligar míticamente la fundación de Buenos Aires a la de Roma. Una conclusión que se desprende, como señaló Paul Groussac, del hecho de que no se ha hallado ninguna prueba «documental» sobre la Maldonada, por lo que sólo es posible deducir que no existió. A pesar de ello, un destacado historiador jesuita del Río de la Plata señaló que si bien el relato podía no ser verídico, era al menos verosímil en sus aspectos sustanciales

«la relación podrá tener algo y aún mucho de fantástico, pero es innegable lo sustancial del relato, aunque no podamos precisar quién era esa mujer y cuál su verdadero apellido»<sup>48</sup>.

Como en caso de Lucía Miranda, en el de la Maldonada, el hambre —al que el primer poeta del Río de la Plata precedió sistemáticamente del artículo *la, la hambre*—<sup>49</sup> fue la causa y estímulo de conductas aberrantes como la antropofagia<sup>50</sup>, incapaces de ser controladas por una mujer.

<sup>48</sup> FURLONG, Guillermo, S.J., *La cultura femenina en la época colonial*. Buenos Aires: Kapelusz, 1951, 92.

<sup>49</sup> CENTENERA, Martín del Barco, *La Argentina o la Conquista del Río de la Plata. Poesía Histórica por el Arcediano Don Martín del Barco Centenera*, [1602]. DE ANGELIS, *op. cit.*, III, 17-420.

<sup>50</sup> «En estos tiempos padecían en Buenos Aires cruel hambre, porque faltándoles la ración, comían sapos, culebras y las carnes podridas que hallaban en los campos, de tal manera que los excrementos de los unos comían los otros, viniendo a tanto extremo de hambre ...[que] comieron carne humana, así le sucedió a esta mísera gente, porque los vivos se sustentaban de la carne de los que morían, y aún de los ahorcados por justicia, sin dejarle más de los huesos». GUZMÁN, *op. cit.*, libro I, capítulo XII, 76.

El ejercicio de la antropofagia entre los pobladores del primer asentamiento en Buenos Aires ha sido mencionado en diferentes circunstancias y por distintos cronistas de la primera fundación de Buenos Aires, no sólo por Díaz de Guzmán. Sin embargo, ello era preferible a la decisión de la Maldonada de salir del Fuerte por resistirse a comer a sus compañeros e irse a salvar su vida entre los indios quienes<sup>51</sup>, cuando la encontraron, la protegieron y uno de ellos la tomó por mujer.

Un tiempo después apareció en las inmediaciones del Fuerte una plaga de leones, tigres y onzas que impedía a la gente salir a buscar comida, por lo que decidieron pedirla a los indios entre los que reconocieron a la Maldonada, la tomaron prisionera por orden del jefe del Fuerte y la expusieron a las fieras que acechaban atándola a un árbol en el exterior como castigo por haber marchado con los indios. En contra de lo esperado, la mujer fue protegida por los animales salvajes igual que lo había sido anteriormente por los salvajes indios<sup>52</sup>. Para Rui Díaz fue tan impropia la actitud de los animales que defendieron a la mujer como la del jefe del Fuerte que le impuso semejante castigo por marcharse con los indios, algo que hacían habitualmente los hombres españoles cuando se marchaban a tomar mujeres indias<sup>53</sup>.

---

<sup>51</sup> «Finalmente murió casi toda la gente, donde sucedió que una mujer española, no pudiendo sobrellevar tan grande necesidad, fue constreñida a salirse del real e irse a los indios para poder sustentar la vida; tomando la costa arriba, llegó cerca de la Punta Gorda en el monte grande y por ser ya tarde buscó dónde albergarse y topando con una cueva que hacía la barranca de la misma costa, entró en ella. Repentinamente topó con una fiera leona que estaba en doloroso parto, que vista por la afligida mujer quedó ésta muerta y desmayada ... y ella, cobrando algún aliento, la ayudó en el parto en que actualmente estaba y venido a luz parió dos leoncitos». GUZMÁN, *op. cit.*, libro I, capítulo XII, 77.

<sup>52</sup> «En este tiempo sucedió una cosa admirable, que por serlo la diré y fue que habiendo salido a correr la tierra un capitán de aquellos pueblos comarcanos, halló en uno de ellos y trajo a aquella mujer española de que hice mención anteriormente que por el hambre se fue a poder de los indios. Así que Francisco Ruiz Galán la vio, ordenó que fuese echada a las fieras para que la despedazasen y comiesen, y puesto en ejecución su mandato llevaron a la pobre mujer, la ataron muy bien a un árbol y la dejaron como una legua fuera del pueblo, donde acudieron aquella noche a la presa gran número de fieras para devorarla, entre ellas vino la leona a quien esta mujer había ayudado en su parto, y habiéndola conocido la defendió de las demás que allí estaban y querían despedazarla». GUZMÁN, *op. cit.*, libro I, capítulo XII, 81.

<sup>53</sup> «Esta mujer yo conocí y la llamaban la Maldonada, que más bien se le podía llamar Biondonada, pues por este suceso se ve no haber merecido el castigo a que la expusieron, pues la necesidad había sido causa a que desamparase a los suyos y se metiese entre aquellos bárbaros». GUZMÁN, *op. cit.*, libro I, capítulo XII, 82.



## 6. Las «pruebas documentales»

Ahora bien, merece la pena analizar por qué se «descartó» al relato de la Maldonada en tanto que ficción e, incluso, por qué hay toda una tendencia a considerar una leyenda al de Lucía cuando existe una carta enviada a la reina Juana, en julio de 1556, por una mujer, Isabel de Guevara<sup>54</sup>, esposa de un funcionario que integraba esa primera instalación en Buenos Aires, en la que es posible hallar a las Lucías y Maldonadas sin esfuerzos.

Se trata del testimonio de una de las pocas españolas que integraron la expedición y que narró con profusión de detalles las peripecias pasadas en ese primer asentamiento, en el abandono del mismo y en el camino hacia el norte en busca de un mejor destino en el Paraguay.

Desde una perspectiva de género, Isabel de Guevara no sólo se proponía pedir a la Reina una recompensa por sus servicios prestados en la conquista, lo que era habitual entre los hombres que integraban las expediciones, sino también reivindicar las tareas realizadas por las mujeres en esas empresas, en las que estaba legalmente prohibida su presencia. La carta debe ser entonces, considerada técnicamente una probanza de méritos y servicios, es decir, una exposición de los servicios prestados a la corona en la ampliación de sus dominios para que ellos fueran, como era tradicional, premiados con la concesión vitalicia y hereditaria de una encomienda de indios.

Como en toda probanza de méritos y servicios, la carta detallaba los aspectos duros de la expedición y la tarea realizada en la que se destacaban los servicios menos habitualmente realizados por las mujeres. Lamentablemente, Isabel de Guevara no dejó constancia de cuántas mujeres eran aunque del sentido general se deduce que muy pocas. Sin embargo, cuesta imaginar cómo sólo ocho mujeres, las que contabilizaron para esa expedición otros documentos, realizaron todas las tareas mencionadas

---

<sup>54</sup> «Esta animosa señora, hermana o parienta de Carlos de Guevara, factor nombrado por el Rey para pasar al Río de la Plata en la expedición de don Pedro de Mendoza, se embarcó con él en Sanlúcar el día 1.º de setiembre de 1534, y en llegando a Buenos Aires, quedó allí, sufriendo todas las molestias y los peligros de la conquista, en tanto que su deudo el factor iba a la entrada de los *payaquas*, con Juan de Ayolas, en la que ambos, y toda la gente que les acompañaba, murieron asesinados por aquellos indios traidores... Trasladóse doña Isabel a la ciudad de Asunción con los conquistadores cuando éstos dejaron el fuerte de Buenos Aires, y poco tiempo después de haber llegado a aquella ciudad el gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca [en 1542], contrajo matrimonio con Juan de Esquivel, caballero sevillano, a quien Felipe de Cáceres mandó cortar la cabeza el año de 1574, por creerle partidario del obispo fray Pedro de la Torre». *Cartas de Indias* [1877]. Madrid: Atlas, 1974, 3 vols. (Colección Biblioteca de Autores Españoles, t. 264, 265, 266), tomo III, 770.

por ella<sup>55</sup>. Para Isabel de Guevara era evidente que el mero cumplimiento de las obligaciones asignadas a las mujeres en las empresas no eran suficientes para la obtención de una encomienda y, por ello, narraba prolijamente todas las tareas adicionales, las excepcionales entre las mujeres y, por lo tanto, de hombres, como la obtención de alimentos y la guerra<sup>56</sup>.

Sin embargo, no sólo habían hecho tareas de «hombres». Isabel también llamaba la atención de la Reina sobre los beneficios que la condición femenina había proporcionado a la expedición, reforzando el sentido de reivindicación colectiva frente a la exclusión de género de que eran objeto que dio a toda su carta. Su planteo era individual —y de hecho lo firmaba sólo con su nombre— pero incluyó a todas las mujeres cuando reseñó las tareas realizadas por el colectivo en la expedición<sup>57</sup>.

Al igual que en los relatos de Lucía y la Maldonada, Isabel de Guevara, señaló los graves problemas que habían tenido para obtener alimentos y, como en esos relatos, también dijo que se los proporcionaron los Timbúes, cuyos caciques eran, según el relato de Rui Díaz, Mangoré y Siripo<sup>58</sup>.

<sup>55</sup> «A esta provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador de ella, don Pedro de Mendoza, habemos venido ciertas mujeres, entre las cuales, ha querido mi ventura que fuese yo la una; y como la armada llegase al puerto de Buenos Aires, con mil y quinientos hombres, y les faltase el bastimento, fue tamaña el hambre que, a cabo de tres meses, murieran los mil». GUEVARA, Isabel de, «Carta de Doña Isabel de Guevara a la princesa gobernadora Doña Juana, exponiendo los trabajos hechos en el descubrimiento y conquista del Río de la Plata, por las mugeres para ayudar a los hombres, y pidiendo repartimiento para su marido. Asunción, 2 de julio de 1556», *Cartas de Indias*, II, 619.

<sup>56</sup> «Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban de las pobres mujeres, así en lavarles las ropas, como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos, hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas cuando algunas veces los indios venían a dar guerra, hasta cometer a poner fuego en los versos, y a levantar los soldados, los que estaban para ello, dar arma por el campo a voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados». *Ibidem*.

<sup>57</sup> «Porque en este tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres. Bien creará V.A. que fue tanta la solicitud que tuvieron, que si no fuera por ellas, todos fueron acabados, y si no fuera por la honra de los hombres, muchas más cosas escribiera con verdad y los diera a ellos por testigos». GUEVARA, *op. cit.*, II, 620.

<sup>58</sup> «Pasada esta tan peligrosa turbunada, determinaron subir el río arriba, así flacos como estaban y en entrada de invierno, en dos bergantines los pocos que quedaron vivos. Y las fatigadas mujeres los curaban y los miraban y les guisaban la comida, trayendo la leña a cuestras de fuera del navío y animándolos con palabras varoniles que no se dejasen morir, que presto darían en tierra de comida, metiéndolos a cuestras en los bergantines, con tanto amor como si fueran sus propios hijos. Y, como llegamos a una generación de indios que se llaman timbúes, señores de mucho pescado, de nuevo los servíamos en buscarles diversos modos de guisados, porque no les diese en rostro el pescado, a causa que lo comían sin pan y estaban muy flacos». *Ibidem*.

No parecen necesarias más explicaciones para constituir a la carta de Isabel de Guevara en una «prueba documental» para los relatos de Rui Díaz de Guzmán.

## 7. Género, mestizaje y etnicidad. Redescubrimientos y reescrituras

El relato de Lucía Miranda fue retomado, escrito como novela, vuelto a escribir como obra de teatro y reescrito como poema en no menos de veinte oportunidades: en la segunda mitad del siglo XIX en el momento de la organización nacional bajo la primera constitución, a principios del siglo XX por parte de los nacionalistas católicos que se enfrentaban a la inmigración masiva ultramarina y a fines de esta década de 1990 cuando algunos intelectuales se proponen concluir el inacabado proceso de construcción de la nación argentina que habría quedado trunco en 1930.

Autoras provenientes de la crítica literaria, en obras recientes, calificaron al relato como leyenda transformada en mito fundacional

«en el interior del discurso de la crónica irrumpe un episodio mítico que funcionará como condensador de todos los desplazamientos necesarios para reinstalar la justificación de la conquista»<sup>59</sup>.

Cuando Francine Masiello analizó dos de las reescrituras del relato, la de Rosa Guerra y la de Eduarda Mansilla de García de los inicios de la segunda mitad del siglo XIX<sup>60</sup>, al igual que Iglesia, justificó la recuperación

<sup>59</sup> IGLESIA y SCHWARTZMAN, *op. cit.*, 41.

<sup>60</sup> El relato ha sido retomado con anterioridad, según Jorge M. Furt en dos dramas: *Mangoré* de Moore en 1718 y *Lucía de Miranda* de Lassala en 1784. FURT, Jorge M., «Nota preliminar al drama de Lucía Miranda de Miguel Ortega». ORTEGA, Miguel, *Lucía Miranda*, [1864]. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1926. Más tarde, según señala Malosetti Costa fue retomado, también desde el teatro por Manuel José de Lavardén en 1798, por Ambrosio Morante en 1813, por Bermúdez en 1853 (*El Charrúa. Drama histórico en verso y en cinco actos por el sargento mayor de caballería*) y por Ortega en 1864. MALOSETTI COSTA, Laura, *Rapto de cautivas blancas. Un aspecto erótico de la barbarie en la plástica rioplatense del siglo XIX*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, (Hipótesis y Discusiones/4), 1994, 10. La versión de 1864 de Miguel Ortega, *Lucía Miranda*, se centró en los retratos psicológicos de Sebastián Hurtado, el esposo de Lucía, y del cacique Siripo. En el mismo año, Miguel Magariños Cervantes analizó también la perspectiva indígena en su versión del relato, *Mangoré. Leyenda histórica, 1530-1536*. Durante este siglo el tema volvió a adquirir importancia en los folletines de inspiración nacionalista, en los cuentos infantiles escritos por Ada Elphein, las novelas de Hugo Wast y en estos últimos años las del escritor César Aira. ROTKER 1997 y MASIELLO 1997 *op. cit.*

y las reescrituras en la caída de Juan Manuel de Rosas, un momento en que «los argentinos emprendieron la tarea de construcción de la nación»<sup>61</sup>.

La reescritura de Eduarda Mansilla de García, sobrina de Juan Manuel de Rosas y esposa de un embajador argentino en Francia recrea, según Masiello, la dicotomía cultural civilización/barbarie en los mismos términos en que lo había hecho su autor, Sarmiento, en el *Facundo*, es decir, a partir de la influencia del paisaje y la geografía. Para Eduarda Mansilla de García

«la civilización está destinada a la aniquilación en la planicie desestructurada y bárbara de América, donde la inexistencia de fronteras, la fluidez de los movimientos en el espacio y de las pasiones irrefrenables rechazan los límites de la razón»<sup>62</sup>.

Pero, en este caso, la civilización ni siquiera era ya un estadio cultural a alcanzar desde etapas anteriores como la barbarie o el salvajismo sino que, en su traslado desde Europa a América, la civilización se aniquilaba en la medida en que la barbarie americana se trasladaba de la geografía a la humanidad

«Mansilla insiste en la barbarie de los hombres del Nuevo Mundo como las pampas que los rodean, viven dominados por instintos animales y al margen de la razón. Más aún, para acentuar esta barbarie del Nuevo Mundo, la novela yuxtapone los estados de desarrollo relativos de Europa y América; la primera parte describe la elegancia de Europa, la segunda parte la austeridad de las pampas. Por lo tanto, se les quita humanidad a los indios; es más, en contraste con el paisaje europeo, la geografía americana sólo puede albergar una condena»<sup>63</sup>.

También Rotker, en un artículo que anticipaba un estudio mayor, analizaba el relato de Lucía Miranda y sus reescrituras señalando que se trataba, en definitiva, de la negación del origen

«la leyenda de Lucía Miranda —en definitiva, la del sometimiento y la cohabitación con el Otro— es incómoda: en la Argentina no sólo el origen mestizo se ha diluido, enterrado bajo capas de versiones, producciones literarias y masas de inmigrantes europeos, sino que la

<sup>61</sup> MASIELLO 1997, *op. cit.*, 51.

<sup>62</sup> *Ibidem*, 56.

<sup>63</sup> *Ibidem*, 58.

Cultura, tiende a omitir estas violaciones fundacionales, como si el contacto con el Otro hubiera sido ocasional, poco significativo y no fundante»<sup>64</sup>.

Una negación que se fundamenta en el hecho de que ninguna de las reescrituras incluyó la consumación del contacto sexual entre la mujer española y el hombre indígena puesto que todas las versiones suprimieron el acto que habría originado el mestizaje y acabado con el honor español a través de la pérdida del honor de Lucía. Sin embargo, tampoco la primera versión preveía el mestizaje a pesar de que sí se habría consumado el intercambio sexual luego de paso de Lucía de su condición de esclava a mujer que Siripo le otorgó, porque el producto mestizo, si es que existió, fue suprimido en la mujer española y la pérdida de su honor reparada con la hoguera que acabó con su vida. Es decir que la hoguera del castigo permitió al primer autor, él mismo un mestizo aunque del más habitual de los mestizajes, el de hombre español y mujer indígena, negar el «otro» mestizaje, el producido sobre la mujer española y que, por lo tanto, afectaba al honor del grupo de los —hombres— vencedores en su conjunto.

En relación con la negación de un origen mestizo, Rotker ha señalado que

«lo que se llevó adelante en la Argentina es un proyecto blanco con el acento en lo urbano. Argentina es, prácticamente, el único país de las Américas que ha borrado con éxito, de su historia y de su realidad, las minorías mestizas, indias y negras. Las ha omitido de los relatos nacionales y, a comienzos de este siglo, las ha desaparecido incluso de los censos de población»<sup>65</sup>.

Una consideración sobre la que nadie duda, no sólo en relación con la construcción de la nación en el siglo XIX sino también con la perdurabilidad de ese mismo proyecto. En una entrevista reciente, un joven escritor argentino manifestó que

«la literatura argentina es una literatura muy urbana, está mucho más cerca de la europea o de la norteamericana y no responde a la cosa indigenista, folklórica ancestral. Buenos Aires nunca tuvo nada que ver con eso. En este sentido, Argentina es casi dos países. La gente de Buenos

<sup>64</sup> ROTKER 1997, *op. cit.*, 116.

<sup>65</sup> *Ibidem*, 116.

Aires viene de los barcos. Somos hijos de inmigrantes y no de criollos, a diferencia de lo que pasa en el interior. Buenos Aires no sólo le da la espalda al río sobre el que está sino también a la pampa y con ella al continente, a lo indígena. Buenos Aires, para muchos es como un pedazo de tierra que llegó flotando de Europa y que se incorporó al continente»<sup>66</sup>.

Unas consideraciones que recuerdan mucho a aquellas de Juan Bautista Alberdi, el autor de las *Bases* de la constitución nacional,

«Hoy mismo, bajo la independenciam, el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil. Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de afuera. El indígena nos hace justicia. Nos llama “españoles” hasta el día. No conozco persona distinguida de nuestras sociedades que lleve apellido “pehuenche” o “araucano”... La prensa de iniciación y propaganda del verdadero espíritu de progreso debe preguntar a los hombres de nuestro pueblo, si se consideran de raza indígena, si se tienen por indios “pampas” o “pehuenches” de origen, si se creen descendientes de salvajes y gentiles, y no de las razas extranjeras que trajeron la religión de Jesucristo y la civilización de la Europa a este continente, en otro tiempo patria de gentiles»<sup>67</sup>.

Rotker y Masiello adjudicaron el resurgimiento del relato de Lucía Miranda en el siglo XIX a su conveniencia en relación con «el proyecto racial»

«reiterar, con el peso de la Historia, el salvajismo indígena como amenaza al proyecto blanco, burgués y católico de expansión territorial que culminará con la Campaña del Desierto de Roca y el exterminio del indio. En esa etapa de construcción nacional el mito aparece más veces»<sup>68</sup>.

Para el caso del relato de la Maldonada, se ha dicho que la amenaza del contacto étnico horroriza menos si se lo representa como una

<sup>66</sup> OSSET, Miguel, «La vida por una buena historia», *Revista de literatura Quimera* n.º 167, marzo, 23-29, 1998, 25.

<sup>67</sup> ALBERDI, Juan Bautista, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. [1852]. Buenos Aires: 1943, 65-75.

<sup>68</sup> ROTKER 1997, *op. cit.*, 120.

violación que si se lo busca, se lo acepta —y se acuerda— con él<sup>69</sup>, como en el caso de la Maldonada, donde la opción por el «otro» parece evidente y donde la violencia sobre ella la ejercieron los hombres de su propio grupo.

No es casual, en este sentido, que el relato no haya sido retomado en ningún momento y por ningún grupo en la Argentina y sí lo haya sido el de Lucía Miranda reiteradamente. La violación, aunque se trate de ocultar o disimular como en toda buena familia, ha dicho Rotker, siempre resulta preferible como versión, en razón de que, al fin y al cabo, no es un contacto establecido por voluntad de las dos partes sino por la fuerza violenta ejercida por el salvaje sobre el cuerpo de la mujer blanca «civilizada»<sup>70</sup>, como sucedió a Lucía que igualmente lo pagó con su vida.

Esa reiterada negación del mestizaje que se percibe también en el relato de la Maldonada resulta cuando menos extraña si se recuerda la antigüedad y profundidad del mestizaje en el área rioplatense. Un recuerdo que confirmará el hecho de que para desarrollar el proceso que condujo hacia esa identidad rioplatense «blanca», «europea», «urbana» y «civilizada», de que hablaban Rotker u Osset por nombrar sólo a algunos autores reciente o, lo que es lo mismo, para llevar a cabo el proceso por el cual la nación criolla del siglo XIX creó identidades nacionales institucionalizando ciertos relatos o narraciones debió, en más de un sentido, secuestrar, opacar, silenciar o acallar ciertos rostros y éstos fueron fundamentalmente los rostros del contacto entre los excluidos, las mujeres y los indios.

La misma mirada que nos confirma la antigüedad del mestizaje en el Río de la Plata, del mestizaje entre hombre español y mujer indígena, nos muestra también lo que, aunque resulte obvio, conviene explicitar y es que siempre se ha mencionado la violencia ejercida sobre las mujeres en una sola dirección, esto es, sobre las mujeres «blancas» tomadas por los indígenas.

De las otras, de las mujeres indias tomadas en tiempos de paz o de guerra por los españoles, simplemente no se habla, a pesar de que en la abundancia de las mujeres guaraníes del Paraguay se justificó el éxito del asentamiento español en ese llamado «paraíso de Mahoma» por los primeros conquistadores<sup>71</sup>. Una abundancia con que se solventó la endémica escasez de mujeres españolas en las primeras expediciones por

---

<sup>69</sup> *Ibidem*, 120.

<sup>70</sup> *Ibidem*, 120.

<sup>71</sup> SALAS 1960, *op. cit.*, 181.

las instrucciones de Carlos V que lo prohibían<sup>72</sup> y porque, si a pesar de ello, alguna se arriesgaba, los jefes de las expediciones podían hacer uso de todo su poder punitivo sobre ellas<sup>73</sup>. Una escasez de mujeres españolas a que se apeló para justificar el rápido mestizaje que caracterizó a toda la colonización, incluida la del Plata desde donde, en 1545, Alonso Riquelme de Guzmán, el padre de Rui Díaz, señalaba con orgullo que los españoles habían producido

«más de cuatrocientos mestizos entre varones y hembras... para que vea vuestra merced si somos buenos pobladores lo que no conquistadores»<sup>74</sup>.

Un mestizaje inicial que, desde el orgullo viril de los conquistadores, fue evaluado en cuatro mil mestizos en 1570<sup>75</sup>. Un número lo sufi-

---

<sup>72</sup> En las instrucciones entregadas a Sebastián Caboto y Diego García para la expedición de 1526 al Río de la Plata se prohibía expresamente la inclusión de mujeres «por evitar los daños e inconvenientes que se siguen e que cada día acaecen de ir mujeres en semejantes armadas, mandamos y defendemos firmemente que en la dicha armada no vaya ninguna mujer de cualquier calidad que sea y que vos tengáis mucho cuidado de visitar las dichas naos antes de la partida para que ésto se cumpla, porque de lo contrario recibiríamos mucho deservicio, e si después de partidas las dichas naos halláredes en ellas alguna mujer sea castigado el que la metió, como vos pareciere y a ella echaréis en la primera tierra que tomáredes que esté poblada de cristianos». MADERO, Eduardo, *Historia del puerto de Buenos Aires, descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes y fundación de las más antiguas ciudades en sus margenes*. Buenos Aires: Ediciones Buenos Aires, 1939, 117.

<sup>73</sup> Pedro de Mendoza, el primero de los adelantados al Río de la Plata, también dio instrucciones respecto del tratamiento que debía darse a las mujeres de su expedición. Propone prohibiciones y castigos para acciones y comportamientos emergentes de dos instintos básicos del ser humano, el de la supervivencia individual y el de la supervivencia del grupo. Notablemente en este caso no había ninguna distinción de género al no diferenciar los castigos de unos y otras, sentando las bases de una igualdad de deberes y castigos que, sin embargo, no tuvo un correlato en la órbita de los derechos y las retribuciones. Indicaba expresamente que no se diera comida a las mujeres si no se la ganaban lavando y sirviendo al tiempo que estipulaba que se las obligara, por la vía de la justicia, a cumplir con sus «generosos ofrecimientos». MENDOZA, Pedro de, «Instrucción dejada por don Pedro de Mendoza al capitán Francisco Ruiz Galán, la que debía cumplimentar después de su partida (20 de abril de 1537), *Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense*. Buenos Aires: Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires, 1536-1936, 1941-1948, 6 vols., V, 336.

<sup>74</sup> LAFUENTE MACHAIN, R. de, *Los conquistadores del Río de la Plata*. Buenos Aires: Ayacucho, 1943, 81 citado por ROTKER 1997, *op. cit.*, 117.

<sup>75</sup> ROSENBLAT, Ángel, *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*. Buenos Aires: Institución Cultural Española, 1945, 111.



cientemente importante como para que, cuando Juan de Garay inició desde el Paraguay la refundación de ciudades hacia la desembocadura del Río de la Plata en la que se incluyó la segunda fundación de Buenos Aires, lo hiciera con sólo nueve españoles y setenta y cinco «mancebos de la tierras»<sup>76</sup>. Una abundancia de mestizos que en 1585, sólo cinco años después de la segunda fundación de Buenos Aires, era considerada un problema por un funcionario real<sup>77</sup>.

La reiteración de la negación del mestizaje, cuando todas las ciudades del litoral rioplatense, Buenos Aires incluida, fueron fundadas desde el Paraguay con mestizos, sólo puede explicarse o en la voluntad de construir una determinada herencia étnica sobre la que asentar la nación o en la necesidad de evitar la pérdida del honor del grupo vencedor en su totalidad evitando —o negando— la pérdida del honor de sus mujeres a manos de los —indios— vencidos o, lo que es mejor, de ambas cosas.

## 8. La transmisión y reproducción de los mitos fundacionales de la nación: libros de texto y manuales

Merece la pena explorar, finalmente, cómo fueron recogidos, es decir transmitidos y reproducidos, por libros de texto y manuales los relatos sobre Lucía Miranda y la Maldonada, especialmente aquellos

<sup>76</sup> En la época se denominaba «mancebos de la tierra» o hijos de la tierra, a los hombres solteros nacidos en América y mestizos.

<sup>77</sup> El mismo señalaba que «la gran necesidad que estas provincias de presente tiene es gente española, porque hay ya muy pocos de los viejos conquistadores: la gente de mancebos, así criollos como mestizos, son muy muchos, y cada día van en mayor aumento: hay de cinco partes las cuatro y media de ellos: hará de hoy [...] cuatro años casi mil mancebos nacidos en esta tierra: son amigos de cosas nuevas; nótanse cada día más desvergonzados con sus mayores: tiénelos y han tenido en poco, y si no fuera por el gran temor que han cobrado de que manda la tierra Juan de Torres Navarrete, y haber estado en estas provincias alguna gente española, así de los que iban a Chile, que se quedaron algunos, como de los otros que han entrado del Perú: así que conviene al servicio del Señor y de V. M. que entren en estas provincias cuatrocientos españoles, para que haya así en los pueblos que están ya poblados, como en los que nuevamente se poblaren, las dos partes de españoles y la una de estos mancebos de la tierra, y así andarán humildes y corregidos, y harán lo que están obligados al servicio de nuestro Señor y de V. M.» «Carta del tesorero del Río de la Plata, Hernando de Montalvo a S. M. refiriendo varios sucesos acaecidos en aquella gobernación, fecha en la ciudad de Buenos Aires a 12 de octubre de 1585». *RBPA: Revista Patriótica del Pasado Argentino* por Manuel Ricardo TRELLES, 1888-1892, 5 t. 1888: t. I y II; 1890: t. III y IV; 1892: t. V, 47-48.

posteriores a la constitución institucional de la nación, en 1860, es decir, contemporáneamente al momento en que el relato de Lucía Miranda fue retomado por diversos autor@s bajo la forma de novelas, poemas u obras de teatro.

Luis Domínguez en la primera edición de su *Historia Argentina*<sup>78</sup> de 1861, jerarquizó su tarea señalando puntualmente que, hasta ese momento, la única historia del «país» que había era el *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* escrito por el Dean Funes en 1816-17, es decir, poco después de la independencia. Por ello, su objetivo había sido «llenar una necesidad generalmente sentida»<sup>79</sup>. Como se esperaba de una obra de historia de su época, explicitaba prolija y puntualmente las «fuentes históricas en que he tomado los hechos que refiero». Entre ellas, consideraba como la más importante para la época de la *Conquista*, a la *Colección* de De Angelis<sup>80</sup>, mientras que para la *época colonial y el Virreinato*, sus fuentes habían sido las numerosas *Memorias* publicadas por su «malogrado amigo el Dr. D. Florencio Varela en la *Biblioteca del Comercio del Plata*»<sup>81</sup>. Es decir que en esta historia argentina, una de las primeras pretendidamente científica, esto es, basada en «fuentes», ya puede constatarse la utilización de las dos primeras colecciones documentales del Río de la Plata, la de De Angelis y la de Florencio Varela, que habían coincidido en la edición de la obra de Rui Díaz de Guzmán y, por lo tanto, de los relatos de Lucía Miranda y la Maldonada.

Coherente con sus afirmaciones, Luis Domínguez, incluyó el relato sobre Lucía Miranda a quien, junto con las demás mujeres, denominó «las primeras cautivas de los salvajes que recuerdan las crónicas argentinas»<sup>82</sup>. Al mismo tiempo, justificó el fracaso de la primera fundación de Buenos Aires en ese episodio a la vez que, también coherentemente con la tradición, sería en vano buscar en su *Historia* alguna referencia a la Maldonada.

La mayor parte de los autores de las historias argentinas publicadas en los años siguientes hasta casi el final del siglo XIX, tuvo la misma actitud que Domínguez, esto es, incluir alguna referencia al relato de Lucía Miranda y omitir sistemáticamente toda mención de la Maldonada,

---

<sup>78</sup> DOMÍNGUEZ, Luis, *Historia Argentina*. Buenos Aires: Imprenta del Orden, 1862, 33-34.

<sup>79</sup> *Ibidem*, V-VI.

<sup>80</sup> *Ibidem*, IX.

<sup>81</sup> *Ibidem*, X.

<sup>82</sup> *Ibidem*, 34

a pesar de que en 1879 se publicó por primera vez<sup>83</sup> la carta de Isabel de Guevara<sup>84</sup>.

Así es como en su *Historia de la República Argentina y de las Paraguay y Banda Oriental*<sup>85</sup> para uso en las escuelas, de 1878, el profesor Luna, catedrático del Colegio Nacional del Uruguay, incluyó el relato sobre Lucía Miranda diciendo que Mangoré «se enamoró *pérfidamente* ... dando lugar este hecho al trágico suceso de la muerte de Lucía y de su marido después del más cruel cautiverio»<sup>86</sup>.

En su *Compendio de la Historia Argentina*<sup>87</sup> de 1881, adoptada como libro de texto por el Consejo de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, Fregeiro incluyó el relato sobre la destrucción del primer Fuerte adjudicando a la «tradicción» la versión que señalaba que entre los 170 hombres del Fuerte se encontraba Sebastián Hurtado, esposo de Lucía Miranda «mujer muy hermosa» de la que «el cacique Mangoré, jefe de la tribu Timbú, prendado de su hermosura, quiso apoderarse de ella y para lograr este intento asaltó el fuerte una noche mientras dormían los españoles, dio muerte a casi todos los varones ... llevose consigo las mujeres y los niños [por lo que] los pocos españoles que sobrevivieron al ataque de los Timbus, abandonaron la reciente colonia»<sup>88</sup>.

Juan María Gutiérrez, otro de los destacados integrantes de la «generación del 37», en su *Historia Argentina al alcance de los niños*, incluyó un somero relato sobre Lucía Miranda atribuyendo el conflicto a la hermosura de la mujer y al deseo del cacique Mangoré de «apoderarse de esta mujer y esclavizarla a su servicio»<sup>89</sup>.

---

<sup>83</sup> Ver *RBPBA: Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* fundada bajo la protección del Gobierno de la Provincia por Manuel Ricardo Trelles. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo, de C. Casavalle, 1879-1882. 4 t. T. I: 1879; t. II: 1880; t. III: 1881; t. IV: 1882.

<sup>84</sup> GUEVARA 1556. *op. cit.*

<sup>85</sup> LUNA, Antonino. *Historia de la República Argentina y de las del Paraguay y la Banda Oriental desde su descubrimiento hasta nuestros días para el uso en las escuelas*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo E. Coni, 1878.

<sup>86</sup> Las cursivas son mías. LUNA 1878, *op. cit.*, 7-8.

<sup>87</sup> FREGEIRO, C.I., *Compendio de la Historia Argentina. Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo (1492) hasta la muerte de Dorrego (1828) seguido de un sumario histórico que comprende los principales acontecimientos ocurridos hasta 1862*. Buenos Aires: Igon Hermanos Editores, 1881.

<sup>88</sup> FREGEIRO 1881, *op. cit.*, 20-21.

<sup>89</sup> GUTIÉRREZ, Juan María, *La Historia Argentina al alcance de los niños. Desde el descubrimiento hasta la adopción de la Constitución Nacional cuyo espíritu se explica en este compendio histórico*. Buenos Aires: Carlos Casavalle, 1886, 7.

En sus *Nociones de Historia Argentina*<sup>90</sup> de 1888, extractadas del resumen general del curso de historia del Uruguay, el profesor Martínez también atribuyó el abandono del primer Fuerte en el Río de la Plata a la toma del mismo por los Timbúes a causa del interés de Mangoré en «poseionarse de Lucía Miranda, mujer de Sebastián Hurtado»<sup>91</sup>.

Sin embargo, en las postrimerías del siglo XIX, en 1898, el profesor Luis Farina, en el *Compendio de Historia Argentina escrito con arreglo al programa vigente de primer año del Colegio Nacional*<sup>92</sup>, es decir, una historia para el primer año del secundario, contemplaba por primera vez la posibilidad de la existencia de dos versiones referidas a la destrucción del primer Fuerte. Una de ellas, atribuida por el autor a «algunos historiadores, los más verídicos»<sup>93</sup>, culpaba a la falta de víveres y de socorros del decaimiento de la guarnición hasta ser sorprendidos por los indios Timbúes que mataron a todos, a excepción de las mujeres y los niños que fueron tomados cautivos. La otra, según Farina, era la que consideraba verdad esa historia de Lucía Miranda que había dado argumento para tantos relatos literarios<sup>94</sup>.

## 9. Nuevas preguntas

¿Comenzaba en 1898 la consolidación de una forma de narrar la historia basada exclusivamente en documentos de archivo que por su ausencia no daban vida y verosimilitud a Lucía Miranda y la Maldonada?

O, con la finalización de la eliminación de las fronteras interiores producto de la última de las denominadas Campañas al Desierto de 1880 que significó el final de la guerra contra el indio y, con ello, la ocupación del «territorio imaginado» para la nación, el relato ya no era

<sup>90</sup> MARTÍNEZ, Benigno, *Nociones de Historia Argentina extractadas del resumen general del curso de historia del profesor del colegio nacional del Uruguay*. Buenos Aires: Igon Hermanos, 1888.

<sup>91</sup> *Ibidem*, 16.

<sup>92</sup> FARINA, Luis, *Compendio de Historia Argentina, escrito con arreglo al programa vigente de primer año del Colegio Nacional por el ... sub director del Instituto Europeo*. Buenos Aires: Escuela Tipográfica Salesiana, 1898.

<sup>93</sup> *Ibidem*, 15.

<sup>94</sup> «que dio argumento a la tragedia *Siripo* del literato argentino don Juan Manuel de Labardén. Según éstos, el cacique Mangoré, enamorado de la esposa del capitán Hurtado, quiso apoderarse de ella, y una noche, a la cabeza de más de veinte mil indios, atacó el fuerte y lo incendió, matando a casi todos los soldados y llevándose a todas las mujeres y niños, y entre ellos a la dueña de su pasión». *Ibidem*.

funcional para renovar una y otra vez la justificación de la última de las guerras civiles en las diferencias étnicas<sup>95</sup>

O, esa significativa disponibilidad de tierras en una de las llanuras fértiles del planeta que funcionó como reclamo para un singular número de migrantes<sup>96</sup> expulsados de sus países por la necesidad de descomprimir sus tierras de origen introdujo los roles de género de campesinas, paisanas o granjeras europeas sobre los que asentar la nación».

O, será que, como señaló Ernest Renán en 1882, para la construcción de una nación es preciso consensuar un conjunto de acuerdos entre los que se hallan los denominados «errores históricos», cruciales en la creación de una identidad nacional<sup>97</sup>. En tanto casi todo origen nacional está signado por alguna forma de la violencia, puede suceder que el progreso de los estudios históricos constituya un peligro para la estabilidad de la nación o de los principios de la nacionalidad<sup>98</sup>, en la medida en que ponga en cuestión alguno de esos «errores históricos». Una razón por la que la esencia de una nación, también de la argentina, debe buscarse no sólo en las muchas cosas que todos los individuos tuvieron

---

<sup>95</sup> El superintendente del primer censo nacional expresó en los más claros términos sarmientinos y de la «generación del 37» cuáles eran los problemas interiores a los que debían enfrentarse las nuevas administraciones, al mismo tiempo que insinuó, igual que en su momento lo hizo Juan Bautista Alberdi, cuáles eran los mecanismos para poner fin a esos problemas. «El viejo asunto de los indios, no es tal cuestión de indios, es cuestión de DESIERTO (sic). El indio argentino, por sí, es tal vez el enemigo más débil y menos temible de la civilización, bárbaro, supersticioso, vicioso, desnudo, tiene hasta un enemigo en el arma que lleva. Suprimidle del todo, pero dejando el desierto y tendréis enseguida que ocupan su puesto y le reemplazan doscientos gauchos, sobrado numerosos y atrevidos para poner en alarma las fronteras de la mitad de los estados, y tener en jaque y a raya a unos cuatro o cinco mil veteranos. Y al contrario. Suprimid el desierto, este desierto que por todas partes se entromete y nos comprende, ligándonos casi con las orillas de las ciudades y el indio como el montonero desaparecerán sin más esfuerzo». *Primer Censo de La Republica Argentina de 1869 bajo la dirección de Diego G. de La Fuente*. Buenos Aires: Imprenta El Porvenir. 1872. LIV-L.

<sup>96</sup> En 1895, según datos del Segundo Censo Nacional (*Segundo Censo de la Republica Argentina, 1895*. Buenos Aires, 1898), había en la Argentina alrededor de cuatro millones de habitantes de los cuales el 35 por ciento eran extranjeros. En 1914, en ocasión de levantarse el Tercer Censo Nacional (*Tercer Censo Nacional levantado el 1 de junio de 1914*. Buenos Aires: Rosso y Cia., 1916) la población total casi se había duplicado y el porcentaje de extranjeros alcanzaba el 43 por ciento de la población total. VÁZQUEZ RIAL, Horacio, dir., *Buenos Aires 1880-1930. La capital de un imperio imaginario*. Madrid: Alianza, 1996. (Memoria de las ciudades), 24.

<sup>97</sup> RENAN, Ernest. «What is a nation?» [1882]. BHABHA, Homi K., *Nation and Narration*. London and New York: Routledge, 1990. 8-22, 11.

<sup>98</sup> *Ibidem*.

o tienen en común sino también en las muchas cosas que todos ellos han sido capaces o están dispuestos a olvidar<sup>99</sup>.

O será que, si coincidimos con Bhabha en que las naciones son básicamente narraciones<sup>100</sup>, es tan importante el poder para narrar cuanto para impedir que otros relatos «se formen y emerjan en su lugar»<sup>101</sup>, lo que equivaldría a volver al etnosimbolismo y la importancia que atribuye a los escritores en general y a los historiadores en particular.

Posiblemente será todo ello y mucho más que necesita de nuevas investigaciones e investigador@s para ser formulado.

---

<sup>99</sup> *Ibidem*.

<sup>100</sup> BHABHA, Homi K., «Introduction: narrating the nation», BHABHA, Homi K., *Nation and Narration*. London and New York: Routledge, 1990, 1-7.

<sup>101</sup> SAID, Edward W., *Cultura e Imperialismo*. [1993]. Barcelona: Anagrama, 1996. (Colección Argumentos), 13.